

Flores Cordiales

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

HEMEROTECA
MUNICIPAL



DE MADRID



NIEVES SUÁREZ

15 céntimos.

Se publica los domingos.

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS

POR QUINCE CENTIMOS!

Como en el número del 13 del actual, hemos cometido otras cinco erratas, una en cada uno de cinco anuncios distintos, y en cinco ejemplares también distintos.

Consisten aquellas en escribir con *k* palabras que deben escribirse con *c*.

Los que tengan la suerte de adquirir dichos ejemplares y las encuentren, remitirán el comprobante á la administración de FLORES CORDIALES, y se entregarán las veinticinco pesetas que regalamos.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.º

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Co-
rreos, número 48. ====

GERENTE: R. LÓPEZ MORA  DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



¡Se nos llevan el pasado! Se nos llevan las peluconas de oro, los cuadros de Greco y de Goya, las viejas piedras de los monumentos iberos y romanos. Entre tanto, España, un poco como el Don Hermógenes de la comedia, tenía un pasado, sin saberlo. Convendría que nosotros los cronistas desperdásemos en la muchedumbre la codicia de los tesoros ocultos, que tan alerta tuvieron nuestros padres y nuestros abuelos á raíz de la invasión francesa y de las guerras civiles, á ver si en los edificios antiguos y en el rebuscar en desvanes y trasteras y sótanos encontráramos un poco de oro viejo, que buena falta nos hace, y un poco de nuestra vieja personalidad nacional, que nos hace más falta todavía.

Un poco de amor á estas cosas materiales con que el pasado se ofrece á nuestros ojos (los muebles, los cuadros, los libros, los artefactos de uso industrial ó doméstico, los trajes, etc.), hubiera enriquecido á mucha gente, que ha entregado á chamarileros, cambistas y saldistas preciosidades y tesoros á cambio de unas cuantas monedas. Y todo nuestro pasado puede decirse que está en manos de chamarileros; y con el pasado rendimos el presente y llevamos ya hipotecado en la pública almoneda de Europa lo que parece más cierto de nuestro porvenir.

De vez en cuando, el pasado gime en nuestros oídos solicitaciones que no entendemos. Es raro el día en que no surge en el fárrago de nuestro vivir una *actualidad del ayer*. Son los galeones sepultados en la ría de Vigo ó los restos de la *Invencible* enterrados en una bahía inglesa; son los libros que en colección preciosa van á manos de un yanqui hispanófilo, ó los cuadros del Greco, ó tapices del tiempo de Carlos V, ó los arcos del Patio de la Infanta mudados piedra á piedra desde Zaragoza al extranjero; son la Alhambra que se deshace y la catedral de Toledo que se grietea y la de Sevilla que se hunde... Y todo eso se nos codicia y se nos compra en aquellos países prácticos y utilitarios que más cie-

gos servidores son del presente y con mayor intensidad lo viven.

Si la Historia fuese cosa de dominio y posesión transferible, la nuestra, aquí olvidada, aquí desconocida, estaría cotizada en puja por los países nuevos que, como los Estados Unidos, sufren la añoranza del pasado, de que carecen.

Pero, no. Por manirroto y dilapidadores que seamos, no podemos malvender la Historia ni baratear el alma que tienen los libros y los cuadros que enajenamos, y los viejos edificios que dejamos hundirse y deshacerse. Mas el alma de los hechos humanos y de las obras de arte es un aliento callado y sutil, que no se ofrece á los ojos y al pensamiento si no se va en su indagación y en su búsqueda con amor intenso, con espíritu de sacrificio, con toda la personalidad limpia de codicias, de medros y provechos inmediatos. Así, aquel personaje de Pereda que muere trágicamente al final de *La Puchera* por querer apoderarse de los tesoros del pirata está bien muerto y no merece lástima de nadie.

No se puede ir en busca del pasado para vivir de él, sino para arrancarle orientaciones y enseñanzas de vida en el presente y adiestramiento en la conquista del porvenir. Si el pirata de la leyenda perediana hubiese acumulado códices ú obras de arte, en vez de oro, aquel avaro ejemplar de su especie, en lugar de morir sobre los acantilados de la playa cantábrica, hubiese muerto sobre el sillón de una Academia. Y acaso fuera esto peor: al cabo, academizar el pasado es uno de los modos infinitos que hay de odiarlo.

Nadie puede aconsejar á los hombres inteligentes que dejen su labor habitual para dedicarse á rebuscar escondrijos donde pueda haber onzas peluconas ó cuadros del Greco; pero los tesoros intelectuales de nuestro pasado no son del azar, sino que ciertamente los encontrará quien ponga empeño en buscarlos.

Desdeñemos un poco esta futil actualidad de nuestro incoloro vivir presente; queramos beber el agua, no en el transcurso del río, ya cenagoso, sino en las puras fuentes donde emerge, y entonces, fuertes en la plena posesión de nosotros mismos, podremos emprender la conquista del porvenir, porque habremos amado el ayer y habremos aprendido en él que para ser grandes no hay más arbitrio que querer serlo.

Dionisio PÉREZ.

JOSE FRANCOS RODRÍGUEZ, DIRECTOR DEL «HERALDO DE MADRID»



Miranda me echa «á traición»
flores que yo no merezco;
pero tan *cordiales* son,

que—¡es claro!— las agradezco
con todo mi corazón.

José FRANCOS RODRÍGUEZ.

Por más que Francos Rodríguez
naciera en suelo asturiano
—según dicen— yo lo juzgo
madrileño neto y nato;
que á mí me ocurre lo propio:
nacido *n'o chan galáico*,
«por un casual», aquí vivo
desde mis primeros años,
y todas mis aficiones

están en los «barrios bajos»,
cuyos tipos y costumbres,
más bien mal que bien, retrato...

Él siguió aquí la carrera
de Hipócrates, en San Carlos;
y aquí se hizo periodista,
y edil, y parlamentario.
La elocuencia, don del cielo,
encontró nido en sus labios;

pero él, no obstante, en su vida
tuvo la cabeza á pájaros;
que es reflexivo y maduro,
como es amable y amado,
y escritor de amplia cultura
y *journaliste* de gran tacto.

Dirigió en tiempos *El Globo*,
y así él ha subido tanto
—que no ha de extrañar á nadie

que, en globo, suban los *Francos*;
y, *aunque* sigue á Canalejas,
«sale» siempre diputado,
más por el mérito propio
que por el favor extraño,
y con su fácil palabra
y con su atractivo trato,

si escaló eminentes puestos,
¿no los tomó por escalol...
Demócrata «empedernido»,
es un revolucionario
que ha hecho mil revoluciones
desde arriba y desde abajo.
Y, hombre de franca llaneza,

con Llanas lanzóse al teatro,
¡y obtuvo llanas victorias
y conquistó éxitos francos!...
Tal es, queridos lectores,
en romance liso y llano,
la simpática figura
del director del *Heraldo*.

Carlos MIRANDA.

EN EL SALÓN ITURRIOZ



El lacayo.— Me parece á mí que la señora no sale de la Exposición de Caricaturas. Como la echen el ojo, la cuelgan.

POR ESAS CALLES...

El adulterio, como la milicia, como el alcohol, tiene grados diferentes. Hay casados que, no satisfechos con el amor legal, pacífico y ordenado de la esposa, se entrometen por los fértiles campos de lo prohibido y son á modo de moscardones viciosos y noctámbulos, que revuelan gozosamente sobre las flores de perdición de los «café-conciertos». Este es el adulterio que ejercen los espíritus inquietos, los peregrinos de la pasión, los coleccionadores de caricias.

Otros maridos, por el contrario, gustan de establecer cierto orden en el desgobierno moral de sus costumbres, y practican la traición metódicamente, á horas fijadas, en condiciones abominables de alevosía.

Mi criterio indulgente, que no comprende el *modus vivendi* de los segundos, disculpa á los primeros. En éstos, al menos, hay algo juvenil; la mocedad es inconstante, versátil. Y propensa á lo ajeno. Un casado así siempre tiene cierto derecho al perdón. En una hora de contrición, puede decir á la esposa ultrajada:

«Discúlpame, porque mi alma nunca dejó de pertenecerte. Ya comprenderás que no quiere á ninguna mujer el calavera que, pasajeramente, se enamora de todas...»

Mientras que los otros, los maridos con «querida oficial», sobre quebrantar los prietos deberes conyugales, disfrazan su culpa tras una máscara hipócrita que la hace intolerable.

Por otra parte, ser casado y mantener una «amiga», á quien una intimidad de varios años otorga sobre nosotros derechos irreductibles, equivale á estar casado dos veces: es normalizar lo ilegal, echar sobre la magia de lo vedado la fea prosa de la costumbre.

Además, es peligroso. Pues á ratos, por defender lo morganático ó pegadizo, olvidamos la custodia del propio hogar. Buena prueba de ello lo que ha pocos días le ha sucedido á Don Francisco N.; un buen señor retirado ya de los negocios, rico, y casado con una de esas jamañas que, según la pintoresca fraseología andaluza, «se caen de bonitas...»

Lo que no impide que Don Francisco la burle, desde hace más de ocho años, con Nieves, cuya cabellera espléndida y rubia como una onza, hemos visto brillar, más de un invierno, en las plateas de Apolo.

Todas las tardes, de cinco á siete, Don Francisco iba á tomar el vermouht á casa de Nieves, un entresuelito de la calle Peligros muy cuco, muy artista, sobre cuyas alfombras rojas tus botas de charol, lector infiel y aventurero, han pasado de puntillas más de una vez...

Entre tanto, Carmen, la esposa de Don Francisco, íbase «de tiendas» ó á pasear por Recoletos con alguna amiga.

Hace pocos meses Carmen conoció á cierto abogado, hombre rico y buen mozo, muy popular en Madrid, cuyos bigotes ciraneseos, empingorotados y recios, llaman la atención de las muchachas en las noches de estreno. Carmen y el galán hablaron varias veces. Un día (día feliz) él advirtió que ella, al despedirle, le apretaba la mano. Al cabo llegaron á declararse enamorados el uno

del otro; pero, aun así, sus relaciones no rebasaron los límpidos límites del más absoluto platonismo, porque ambos temían que Don Francisco, que siempre pecó de celoso, sospechase la burla.

¡Pobres humanos! Al escribir esto el cronista escéptico cree que el buen Dios, conociendo vuestra flaqueza, os dió la sensación del miedo pensando que con ella os otorgaba también un poco de virtud.

Cuando Pablo, el seductor, solicitaba de Carmen una entrevista á solas, ella, acobardada, se defendía:

—¿Y si nos descubren?

Pasó tiempo, y Pablo supo, por una casualidad, dónde Don Francisco se «recogía» de «cinco á siete». Y como lo difícil es conocer la parte débil ó vulnerable del enemigo, el abogado no tardó en discurrir un ardid sencillo, pero ingenioso, para desembarazarse de su rival durante unas cuantas horas. Muchas más de las que el pecado necesita...

Una mañana el correo puso en manos de Don Francisco un anónimo que decía, palabra más ó menos:

«Nieves no es digna de tí; te engaña. Si quieres convencerte de ello, ve esta noche sin falta al Café de... de nueve á once.»

Don Francisco, que es hombre de mundo, no prorrumpió en exclamaciones de cólera, ni hizo aspavientos; pero todo el día anduvo muy preocupado y con ese entrecejo que, en los dramas del antiguo repertorio, empiezan á poner los maridos á mediados del segundo acto. Llegada la noche, el pobre señor, que á horas tales jamás salía de casa, dijo que necesitaba marcharse. Pretextó un asunto y se fué. Apenas dobló la esquina, Carmen entreabrió las persianas de su gabinete y, agitando un pañuelo, hizo señas á Pablo de que podía subir.

Don Francisco entre tanto llegó al café que el anónimo indicaba y penetró en él resueltamente. Eran las nueve en punto. Pidió té, encendió un cigarro puro y esperó. Sonaron las nueve y media. Aburrido y acaso para fortalecer su ánimo, pidió una copita de coñac; luego, otra... El reloj del café señalaba las diez y cuarto. Don Francisco, nervioso, encendió un segundo habano y continuó libando. Dieron las once... las once y media... Cansado de aguardar, llamó al mozo:

—¿Qué debo?

El camarero reflexionó:

—Ocho copas de coñac y un té... cuatro pesetas con cincuenta céntimos.

Don Francisco pagó con un duro y salió á la calle. La frescura nocherniega serenó sus ideas; pensó en la candidez que encerraban los ojos de Nieves y en que el autor del anónimo podía muy bien haber mentado; lentamente, un flujo bondadoso de optimismo invadía su espíritu perturbado por el coñac, y acabó por reconocerse pacificado y feliz. Entonces se acordó de su hogar y de que «la pobre Carmen» estaría muy sola.

—Cuando me vea—pensó—va á comprender que he bebido.

Esta idea le inspiró vergüenza y arrepentimiento. Para cohonestar su torcida conducta decidió obsequiar á su esposa. Penetró en una pastelería.

- ¿Cuánto vale esa tarta?
 —Cinco pesetas?
 —¿Y una botella de Jerez, á cómo cuesta?
 — A diez pesetas.

La noche, aquella noche que él había perdido y que «otro» había ganado, le costaba cuatro duros. Iba contento, sin embargo. «Su Carmen», que era golosa, al ver su regalo le perdonaría.

Moraleja: Cuando quieras estar seguro de una mujer, llévala cogida de un brazo y un poquito delante de ti, para observarla de reojo; que es la mujer, lector, agua en cestillo...

Eduardo ZAMACOIS.

Número extraordinario

El próximo día 3 de Noviembre daremos un número extraordinario, con magnífica portada en colores, dedicado á *Don Juan Tenorio*.

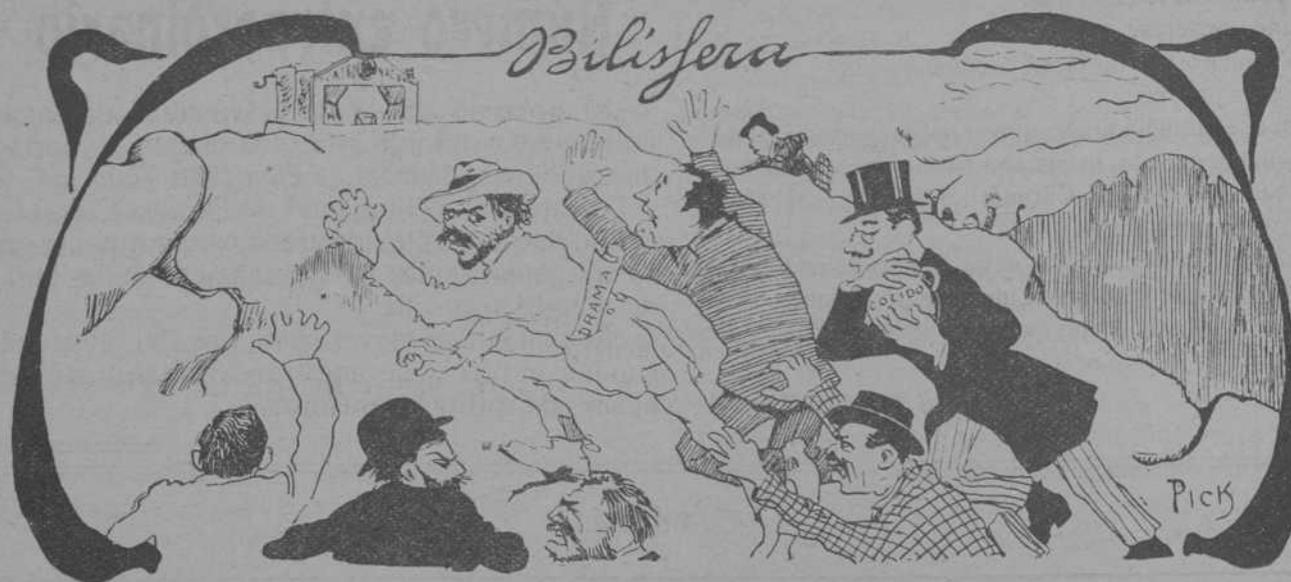
Los literatos y dibujantes de FLORES CORDIALES se han repartido los trabajos, para poner en solfa, genialmente, los personajes de la obra del inmortal Zorrilla.

No obstante el mayor gasto que tal novedad supone, el precio de nuestro semanario será el mismo de quince céntimos.

LAS CARRERAS



- Veremos cómo montas hoy á «Lady».
 —Sí, señor. Confío en que se correrá bien.



A UN EMPRESARIO

Avanzan legiones de intrusos currinches
lanzando suspiros, miradas inquietas..
Lo mismo que moscas, lo mismo que chinches,
avanzan con ellos los pobres poetas.

¿De quién á la postre será la victoria?
¿Será del poeta? ¿Será del coplero?
¿Será del que sueña no más con la gloria?
¿Será del que busca no más el dinero?

Empresa ignorante, que miras á todos
igual que si fueran humildes pollinos
y á diario los tratas con rústicos modos...

¿Por qué ¡vive el Cielo! seréis tan mezquinos?
¡Oh! ¿Quiénes, gozosos, allá en el proscenio
verán la cabeza ceñida en laureles?

¿Serán los que lucen la llama del genio?
¿Serán los que buscan no más los gabrieles?
Es ello problema, cuestión palpitante;
preocupa á la gente, se trata en la Prensa;
tu fallo en España se espera anhelante...
¡Estúpido, falla! (No es esto una ofensa.)

¿Ofensa decirte, señor, que tú ignoras
que Lope de Vega fué un genio fecundo,
cual Shakespeare tan grande, que aun á estas horas
de vil prosaísmo, apláudelo el mundo?

Tú sabes de cosas de Lope y de Rueda
lo mismo que el burro que tira del carro;
te gusta lo cursi, no hay nadie que pueda
un día apartarte del genero charro.

Tú viste el negocio no más en la escena;
el Arte ¡oh, grosero! te importa un comino.
Al ver cómo explotas el Arte, con pena
profunda yo exclamo: «¡Aparta, cochino!»

Francisco de IRACHETA.

CUENTA JUSTA

Miguel vive en un piso tercero con entresuelo y primero y, lo que es más sensible, sin ascensor; pero es tan buen amigo y tan bella persona que bien vale la pena de hacer un poco de alpinismo. A esta hora debe estar en su casa, de vuelta de la oficina. Arriba, pues, y poniendo en práctica el refrán de la escalera: *Si quieres llegar arriba como nuevo, súbela como viejo.*

—¡Tilín! ¡tilín!

—¡Sinvergüenza! ¡Estúpido!

—¡Caracoles!—me digo, al escuchar á través de la puerta aquel par de banderillas.

Yo no ignoro que Miguel está casado con una valenciana, criada en Madrid, que tiene por lengua una faca de dos filos. Celebro llegar en tan buena ocasión: tengo por seguro que Miguel llevará la peor parte, y para las ocasiones son los amigos.

Cesan los insultos y la mujer abre la puerta. ¡Uf! ¡La alegría de Miguel al verme! Tanta, por lo menos, como hace veinte años al ver á su Cristeta de su alma después de dos horas de espera.

—¿Estorbo?..

—¡Ca! No, señor. Usted es de confianza. Pase usted. Obedezco, y observo que la señora, después de ce-

rrar la puerta, deja en un rincón la escoba que tenía en la mano, no sé para qué.

—Vamos—me dice la irritada esposa—. ¿Qué dirá usted que he encontrado en la cartera de este hombre? No, si ya sé que no te da vergüenza, porque nunca la has tenido... Mire usted: una lista de diez y nueve mujeres, con las señas de sus casas. ¿Le parece á usted? ¿Para qué querrá este trasto diez y nueve mujeres? ¡Si él ya no está más que *per sopetes* y *rosaris*!

Apaciguo como puedo la disputa, se rompe la lista y me llevo á Miguel de paseo.

En cuanto pisamos la calle, le digo:

—Bien podías hacerme un préstamo.

Miguel se echó á reír.

—¿De mujeres?—dice.

—¡A ver! Tienes diez y nueve...

—Sin contar la propia, que vale por una docena... de borrachos.

—¿Y para qué diablos habías hecho esa lista?

—Para nada. Son mujeres guapas que conozco, sin que jamás les haya dicho una palabra.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Hace veinte años que me levanto todos los días con el propósito de pegársela á mi mujer; y hace veinte años que, al acostarme, lo dejo todas las noches para el día siguiente.

—¿Eres desgraciado en amores?
 —Algo peor: soy tímido. Todo se me va en pases con la derecha y pases con la izquierda y... los tres avisos y me lo echan al corral.
 —Entonces, ¿por qué esa devoción á la poligamia?
 —Es puramente científica. Tú sabes que soy médico, aunque inofensivo, porque no ejerzo. Pues te aseguro que molestar á una embarazada es un crimen. Cualquier molestia oprime y alborota los nervios de la criatura, y ésta se pone á hacer números en las paredes de su claustro y sale más loca que una cabra. Es también una causa de degeneración de la especie, que no produce peores resultados porque de día en día va mejorando la educación física de los chicos. Ahora bien;

pon un mes para averiguar lo que ocurre en el Ministerio de *Estado* y ocho meses de respeto. Suma esos ocho meses á los dieciocho de lactancia, y tendrás veintiseis. Total: de veintisiete meses, la aptitud del hombre dura veintisiete meses; la de la mujer, sólo uno. Hacen falta otras veintiseis mujeres.

—Perfectamente... Pero ¿quién las daría de comer?
 —¡Hombre! Bien podría el Ayuntamiento...
 —Sí, la dehesa de Amaniél es extensa y ventilada. Pero, ahora que caigo en ello: llevas veinte años de casado; ¿cuántos hijos has tenido?
 —Ninguno.
 —Pues, amigo mío, no tienes derecho á nada: Cristeta perpetua.

F. SERRANO DE LA PEDROSA



—Algo prematuro me parece ese derroche de abrigo.
 —Temo mucho los cambios de estación... ¡En un cambio de estación perdí á Rodolfo!

FORNARINA

Te presintió Rafael
 al dar vida á tu divina
 hermana, con su pincel,
 Fornarina.

Por tus ojos rodeados
 de hondas ojeras sensuales
 donde acechan los Pecados
 Capitales;

Por la nieve de esos cielos
 que nos velan tus justillos,
 donde tiemblan los gemelos
 corderillos,

¡Cáliz de carne florida
 en donde los senos son,
 hostias de la comunión
 de la Vida!

Hada de cabellos de oro,
 de bohemia aristocracia,
 que derrochas el tesoro
 de la gracia,

Invita la tentación
 en tu roja boca fresca,
 y es tu vida una canción
 picaresca.

Ojos de luz ambarina
 como el cristal del champaña;
 extraña, ardiente y calina
 flor de España;

Astro del cielo galante,
 loca, encantada y ligera,
 que eres como la fragante
 Primavera...

¡Salve, gran encantadora
 del tedio y de la tristeza!
 ¡Hija! ¡Nuestra Señora
 la Belleza!

Emilio CARRÉRE

PATERNIDAD DUDOSA

Cómodamente sentado
en gran sillón de vaqueta,
en actitud pensativa,
de codos sobre la mesa,
se halla un hombre, cuya edad
pasa ya de los cuarenta,
y en cuya frente espaciosa
grandes arrugas se observan.
Flota sobre su ancha espalda
negra y sedosa melena;
negro es también su bigote,
su perilla también negra.
Y en su elegante ropilla
que del mismo color lleva,
la roja cruz de Santiago
sin afectación ostenta.
Grandes anteojos descansan
en su nariz aguileña,
que es tan escaso de vista,
como sobrado de ideas.
Sobre la mesa un velón
con su luz amarillenta
apenas la estancia alumbra,
que casi entre sombras queda.
De antiguo reloj el ruido
de la acompasada péndola,
tan sólo el silencio turba
que en aquel recinto reina.
Levanta el hombre de pronto
hacia el techo la cabeza,
mientras un papel arruga
escrito en menuda letra.
—Hoy no estamos para sátiras,
hoy las musas me desprecian,—
dice, rompiendo en pedazos
el papel que antes leyera.
—Al fin son hembras las musas,
¡libreme Dios de las hembras!,
que vienen si no las llaman,
y si las llaman no llegan.
Versos tan hueros y chirles
no es bien que nadie los vea,
pues si Montalván lo sabe
echara á volar la lengua.
Ya es tarde: en las Trinitarias
el toque de ánimas suena;
á dormir, que está la noche
entre clara y entre yema.
Y alzándose perezoso,
dos pies muy deformes muestra,

y de la abierta ventana
corre á cerrar la vidriera.
—¡Buenas noches, Don Francisco! —
dice una voz bronca y seca,
que al choque de muchas cañas
más que á una voz se asemeja.
—No son mis ojos de lince;
hable claro aquél que sea,
que si quien habla no es bruja
presto ha de probar la penca.
—Ahí os queda un regalito
en el quicio de la puerta,—
repitió la voz gangosa
y escapando con presteza.
—¿Regalos?... ¿A mí regalos? ..
¡El demonio que lo crea!,
no es muy frecuente, á fe mía
regalar á los poetas.
Pero, ¿qué es esto?... Jurara
que llora un niño aquí cerca.
¡Por Dios que es lindo el regalo!
¿Pagar yo culpas ajenas?
No en mis días: cada cual
aguante su chimenea;
pero yo no temo al humo,
porque no encendí la leña.
Pero si llora el mamón,
yo no puedo darle teta.
Mas la conciencia me llama,
oigamos á la conciencia.
Y en larga capa embozándose,
baja la angosta escalera,
á un niño recién nacido,
ante su vista contempla.
—En mi casa no hay nodrizas,
á ver quién esto remedia:
*parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!*
Y diciendo estas palabras,
calle arriba con gran priesa,
dando sendos tropezones
entróse en la de las Huertas,
y ante una vieja casuca
de humilde y pobre apariéncia
y tras dos aldabonazos
que en el ámbito resuenan,
—¿Quién es?— pregunta una voz.
—Abrid, que la cosa es seria
y no hemos de andar en pláticas
para que todos lo sepan.—

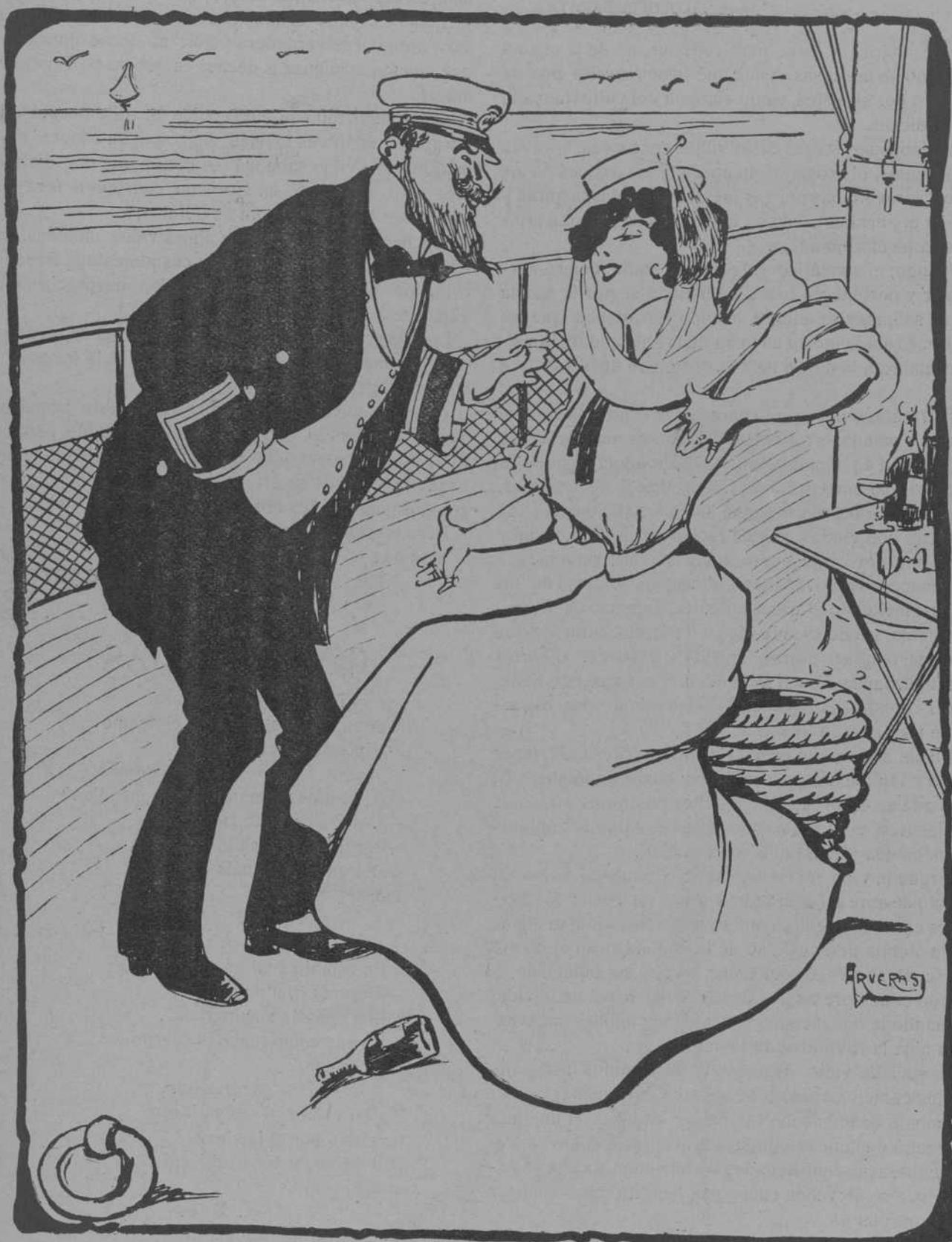
Abrese la puerta al fin,
apareciendo una vieja
con un candil en la mano
que negro aceite gotea.
— ¡Don Francisco! ¿Vos aquí?
—Cállese la mala pécora,
y dad á vuestra señora
de mi llegada la nueva.
— Pasad, señor Don Francisco
que aunque la pobre está enferma
os recibirá gustosa,
pues os tiene gran querencia.
Y en esto arriba llegando,
el candil de un clavo cuelga
y en la alcoba de la dama
á un tiempo los dos penetran.
— Lo que me falta de vista
con mi olfato se compensa;
y hame dado en la nariz
que aquí huele á parturienta.
—Y olísteis bien, á fe mía,—
dice la dama, que es bella—
y acaso vos tengáis culpa
de tan natural dolencia.
Por eso al niño os mandé,
pues soy dama muy honesta,
y no es bien que la honra mía
por vuestra causa padezca.
—¿Yo, el menor padre de todos,
cargar con tales lindezas?...
Que vengan los otros padres
y entre todos se resuelva.
Y con el mamón quedáos:
vos tenéis lo que él desea,
y yo no podré callarle
con romances ni con décimas.
Y otra vez, señora mía,
echad mejor vuestras cuentas
y no volváis á colgarme
paternidad tan incierta.

* * *

Y saliendo de la estancia
á su casa da la vuelta
y por lo bajo murmura,
pensando en tan rara escena:
—No estuvo mal la encerrona;
mas si así todas hicieran,
no me bastara una Inlusa
para tanta descendencia.

Juan REDONDO Y MENDUINA

EN ALTA MAR



- Señor capitán, ¿este mareo lo produce la mar?
—Sí, señorita, *la mar*.. de botellas de champagne que ha consumido usted.

Dibujo de Arveras.

EL ABOLENGO

FILOSOFIA BARATA

La desaparición lenta, pero continua, no de la media luna, sino de las cosas viejas que tienen mérito por su factura ó por su vejez, es un síntoma del culto humano á la tradición.

Indudablemente esas cosas viejas conservan, á través de los siglos, el aroma de su época, y las narices de los sabios, surmontadas por las inevitables gafas, aspiran y definen el perfume como un buen catador huele en cristalina copa el vino añejo.

El vulgo, el simpático vulgo á que nadie quiere pertenecer y pertenecen todos, se limita á seguir la huella de los sabios, y se admira cuando le ordenan que se admire. El abolengo es un imán de la humanidad; lo viejo es inmortal, lo nuevo perece, porque lo nuevo se hace viejo.

En el tráfigo del mundo parece que la novedad ejerce imperio y manda: error crasísimo; eso es una forma de la frivolidad de algunas gentes. Desde aquellos pueblos bárbaros que entregaban sus doncellas á los viajeros, como prólogo del matrimonio, hasta los aficionados hoy á casarse con viudas, la admiración por lo tradicional y usado perdura y flota sobre todas las generaciones.

«Almacén de novedades», dicen los letreros de las tiendas, incitando al transeunte. Un comercio de Berlín, en cambio, y conociendo bien el secreto culto de los hombres, tiene en su frontispicio este letrero: «Fábrica de antigüedades». Y allí se venden el paraguas de Federico el Grande, las ligas de la Pompadour y las esponjas de Catalina de Rusia.

¿Puede alabarse ninguna tienda madrileña de tener tantos y tan buenos parroquianos como el Rastro? El vaho que se desprende de aquellos montones atrae los inteligentes; el olor á humedad que exhalan los objetos viejos es una forma del amor á la vida.

Porque la vida no es más atractiva cuando como un capullo se abre á las primeras gotas de rocío; los primeros ensueños de la juventud masculina dibujan siempre la amplia personalidad de la jamona en su opulento ocaso: el abolengo del amor ejerce su influencia, y cuando el hombre baja la descendente curva de la vida, es cuando la imaginación busca en los núbiles encantos de la niña la frivolidad de lo nuevo.

Un apellido viejo y oliendo á carcomidos pergaminos es el mejor anzuelo de un buen dote; no hay cuarto de trabajo donde nadie trabaja que no luzca el linajudo Bargueño y las desazogadas cornucopias, ni hay retrato con casaca y entorchados ó con jubón, calzas y venera, que no se venda como pan bendito para falsificar una prosapia.

El vino rancio es néctar; la colilla es lo más sabroso del cigarro; unas botas viejas son la pasión del que padece de los callos; las perdices pasadas y oliendo á sarcófago son un manjar divino; un señor de edad es el ideal de las huérfanas que se anuncian en los periódicos demandando protección.

Nihil novum, dijo un señor que sabía latín. El estreno

de una obra debe ser tan molesto como el de unos calzoncillos de lana. La antigüedad es un grado en la milicia. Echar los dientes cuesta una enfermedad.

El amor cuando empieza es un capricho; cuando se hace antiguo, es verdadero amor: no decae nunca porque cuando comienza á decaer es que ya no existe, ha muerto.

«El tiempo todo lo cura», dice un refrán castellano, porque el tiempo es lo más viejo que se conoce en el mundo. «Por viejo sabe más el diablo que por diablo», dice otro adagio. Y un aforismo cuartelero reza que «saliva de veterano, betún de quinto».

Los lienzos del Greco que ahora valen millones, valían un puñado de maravedises cuando estaba fresco el color; por eso ahora, cuando se quiere desprestigiar á alguien, se le dice: «Está usted fresco».

Los clásicos serán los eternos maestros de la literatura; el modernismo es el darwinismo á la inversa, el hombre degenerando en mono.

¿Que por qué, amable lector, siendo este semanario nuevo ha obtenido tanto favor del respetable público? Pues por el abolengo del título. Flores cordiales eran la tisana favorita de nuestras abuelas; esa es la única razón porque entre los redactores aún no hay viejos.

Pero los habrá, lector.

Y tú que lo veas.

Luis BÉRMUDEZ DE CASTO

GOLFERANCIAS

—¿El qu'haces ahí, Colasa?

—Pos... ya ves, matando el tiempo.

—¿Na más qu'el tiempo?

— Na más.

—¿Qué quiés que mate, so... méndigo?

—¡Como t'he visto rascarte!

—Porque me pican los nervios.

—¿Es que los llamáis así ahora?

—¿A quién?

—A... esos.

—En cambio á mí no me pican...

—¡Peroras com'un talego!

—Los tendrás amaestraos...

—Es que como tengo el cuerpo con corteza...

— ¡Acorazaol!..

—¿Tú t'has enterao ya d'eso inventao por el Lacierva?

¿Lo de cerrar tóo lo abierto anochecido?

—No... De esa

semiley, si no proyecto, que se llama... que se llama, espera, á ver si me acuerdo... ¡la *emprestación* personal!

—¿Y eso qu'es?

—Pues miá, yo creo, la verdá, qu'es una especie

(salvo el parecer del clero)
de la... hicimos la... merienda
y m'alegro verte güeno
con vistas á las Américas.
—Pero no hagas más el ciervo
y déjate de pamplinas,
ni critiques al Gobierno,
ya que te protege...
—¿A mí?
—¿No te van á hacer del cuerpo
de guardias sabios?
—¡Hacían!

—¡Hoy hay que ser un talento
pa llegar á guardia!...
—En cambio,
no t'hace falta na d'eso
pa ministro.
—Tú tiés púpila.
—¡Digo, digo que si tengo!
—Pero cierra ya esa boca
y atráncala bien por dentro
¡que son ya las doce y media!
—Por mí, ¡que se corte el pelo!
—Oye, y aquellas tres socias

que van con aquel sujeto
tan pegás, ¿es que no cierran
también su establecimiento?
—Ahí tiés, cosas del Lacierva.
¡Esas lo tién siempre abierto!
—¡Golfo!
— ¡Primo!
—¡Fototipia!
—¡Ministeria!
—¡Laciervesco!
—¡Anda y que te den... pastillas.
—¡Que te cuelguen del... pescuezo!

Enrique YUSTE.

ENTRE CAZADORES



—Me echo la escopeta á la cara y... ¡¡pum!!! un ave-fría gordísima; sigo y... ¡¡pum!!! un ave del paraíso hermosísima... ¿Y usted, Ave... lino?
—¿Yo? Ni siquiera un ave... jorro.

LOS PÁJAROS FRITOS

Como yo soy sensible, y me parece
que es antihumanitario y abusivo
sacrificar sin duelo
millones de inocentes pajaritos,
que después en tabernas y colmados
se comen sin piedad pobres y ricos,
porque no hay un manjar más á propósito
para engañar el vino,
saliendo á la defensa de las aves,
por las que siento singular cariño,
hace unos cuantos días
tomé la pluma, y escribí un artículo
terrible, furibundo,
pidiendo que condenen á presidio
á todo el que con red, ballesta ó lazo
salga al campo á cazar un mal pardillo.
¡Qué artículo más fiero! ¡Qué de apóstrofes!
¡Cómo probé mis bríos,
defendiendo las aves, que en su vuelo
recorren los espacios infinitos!
Exhumé varios textos,
de autores alemanes y latinos,
probando que las aves
deben todas volar á su albedrío,
y que el *ave maría*, el *ave fénix*
y demás aves que en el mundo han sido,
deben ser excluidas de las aves
que el hombre ha condenado al sacrificio
«Sí, señores —decía—, es un abuso,
un abuso inaudito,
que no toleraran ni en Casablanca,
declarar esa guerra de exterminio

al pájaro, que presta
á los campos tan útiles servicios,
y al par que nos recrea
con sus trinos dulcísimos,
limpia de insectos la dorada espiga
de donde nace el trigo.
¿Por qué esa guerra al ruiseñor canoro,
al tierno jilguerillo,
que inundan el espacio de armonías
y nos alegran con sus suaves trinos?
¿Por qué esa cruda y despiadada guerra
á la calandria y al gorrión arisco,
á la tórtola triste,
al zorzal, á la alondra y al pardillo?
¡Esto es intolerable, y es impropio
de un pueblo culto y digno,
que aspira á redimirse en breve plazo
de todos sus pasados extravíos!
Vengan leyes que eviten este abuso;
condénese á garrote ó... garrotillo
al que las contravenga,
sea grande ó pequeño, pobre ó rico,
y múttese sin duelo á los colmados,
tabernas y otros sitios
donde, para recreo de juerguistas
vendan pájaros fritos.»

.....
Todo esto, y mucho más que me reservo,
por no pecar de *lato* ó de prolijo,
dije, respecto al caso,
en prosa vil y levantado estilo.
Y en el mismo momento
en que acabé mi furibundo artículo,
lo entregué al editor, cobré su importe...
¡y me marché á comer pájaros fritos!

Manuel SORIANO

¡ESOS OJOS!

Cuando veo tus negros
ojos divinos,
te pones colorada
por lo que digo.
¡Calcula, cuánto
rubor no sentirías,
por lo que callo!

José RODAO.

EL BESO

Fué una tarde feliz... La hora dichosa
en que la vida alegre sonreía;
el regio sol en el ocaño hundía
su ánfora de cristal esplendorosa.

Murmuraba la fuente misteriosa
plañideros cantares de alegría,
rimaba el ruiseñor su melodía
y libaba la flor la mariposa.

Juntos en tu jardín, mi bien amado,
un beso me pediste apasionado,
para endulzar así nuestro embeleso.

Y al acercar tus labios á mi boca,
—besa —dijiste—. Y con ansia loca,
alma, vida y amor te di un beso.

Jesualdo JIMENEZ DE CISNEROS.



El, hablando, va avanzando,
y ella, amorosa, le deja...
A éstos se les va enredando
la madeja.

LA RECETA FATAL

PEPITO.—(Con la cara más larga que un panecillo de Viena.) Vengo desesperado... ¿a qué me dejes tu revólver...

MANOLO.—¡Cáspita! ¿Vas a matar a alguien?

PEPITO.—Sí: a matarme yo...

MANOLO.—Pues si te sirve lo mismo la papeleta de empeño, te la daré. Porque empeñé ayer el revólver... Pero dí, ¿qué te pasa?

PEPITO.—Tú sabes que hace tiempo, desde el principio de este curso, colecciono recetas...

MANOLO.—Es verdad. Por cierto que todos los compañeros te tenemos por un chillado...

PEPITO.—No lo estaba, pero voy a estarlo...

MANOLO.—Eso lo presumíamos todos. Es una manía demasiado extravagante... He visto coleccionar sellos, fototipias, monedas... ¡Pero recetas!...

PEPITO.—Todo tiene su explicación, y voy a dártela. Mi padre me manda treinta duros mensuales, que no me bastan para cubrir todos mis gastos... Yo necesitaba que me enviase cincuenta... ¿Cómo conseguirlo? Mi padre fué estudiante, y aunque hoy está dedicado por completo a la ganadería, no ha olvidado las tretas de que nos valemos los mozos para conseguir un suplemento a la asignación mensual. A él no podía yo aumentarle el precio de los libros ni de las matrículas, ni hacerle creer que había tomado un profesor particular. Aguzando la imaginación se me ocurrió fingirme enfermo...

MANOLO.—Y entonces te dedicaste a pedir recetas a todos los amigos...

PEPITO.—Recetas que enviaba a mi padre, poniendo al pie de cada una el precio necesario para que la suma total importase quince duros más, que eran los que yo necesitaba...

MANOLO.—¡Es buena idea! Desde hoy voy a ponerla en práctica...

PEPITO.—¡Guárdete Dios!

MANOLO.—¿Por qué?

PEPITO.—Ya lo verás. Hasta ahora, me ha ido divinamente... Pero hoy he recibido una carta de mi padre que me ha trastornado y que me ha hecho pensar en el suicidio... (Sacando una carta.) Toma, léela.

MANOLO.—(Leyendo.) «Querido hijo: Desde hoy dejo de mandarte dinero, convencido de que un hombre que padece tu enfermedad no necesita estudiar ni trabajar para hacerse una fortuna en pocos meses... Te basta con exhibirte en los circos y en los cines... ¡Ah! Y con esa enfermedad puedes llegar hasta ser ministro.»

PEPITO.—¿Tú ves?

MANOLO.—Pero, ¿qué enfermedad tienes?

PEPITO.—Aquí está un poco aclarado en la carta de mi hermano. (Sacando otra carta.)

MANOLO.—¿Qué dice?

PEPITO.—Poca cosa... Oye este párrafo: (Leyendo.) «Yo no sé qué ha pasado. Papá enseñó tus recetas al médico... Yo no estaba en casa, y cuando vine me encontré a papá, que furioso blandía esta receta, que te adjunto, y decía furioso: ¿Habrá sinvergüenza?»

MANOLO.—¿Y qué receta es?

PEPITO.—La que me diste... ¿De dónde la sacaste?

MANOLO.—No recuerdo... A ver... ¡Ah, sí! Me la dió la patrona...

PEPITO.—¿Y para qué enfermedad sería esa receta?

MANOLO.—No sé... ¡Señá Juana! (Gritando.)

LA SEÑÁ JUANA.—¿Qué pasa?

MANOLO.—¿Usted recuerda que me dió esta receta?

LA SEÑÁ JUANA.—Sí... Sí...

MANOLO.—¿Y para qué enfermo se hizo?

LA SEÑÁ JUANA.—A ver... A ver... ¡Ya caigo! Esta fué la que le dieron a mi hija, cuando tuvo el primer parto...

El bachiller CORCHUELO

INFORMACIÓN TEATRAL

Hablando con el bombero...

—Hoy traigo amoniaco, dije al bombero, recordando su curda de la última interviú.— Traigo amoniaco para hacértelo tragar en cuanto te huela a zumo a punto de desgravación.

Señor Yago, contestó el mozo— a la hora presente estoy fresco.

—Pues eso me gusta a mí, frescura, y venga de ahí.

—La Princesa Cobeña...

—Abre la boca, bombero: tú has empinado.

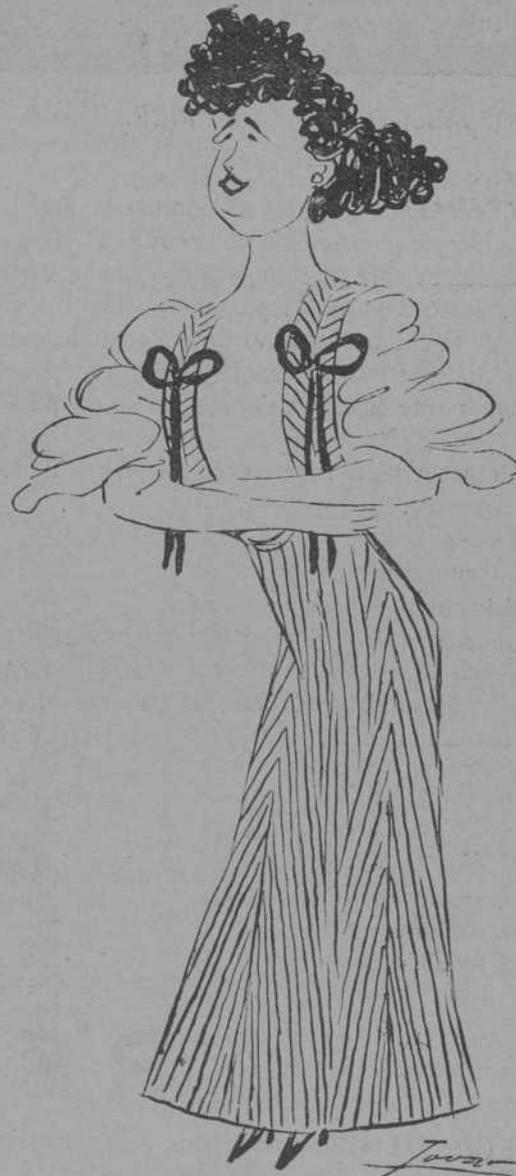
—Digo, que la Cobeña en la Princesa ha sido el resurrexit del clasicismo muerto y del arte casi cadáver.

—Muy bien.

—La Cobeña borda...

—Sí, ya lo sé, y sabe hacer crochet, y hasta si se tercia remendarle los calcetines a Federico Oliver; pero no tratemos ahora de labores.

—Repito que borda admirablemente el personaje de



Srta. Nieves Suárez, del Teatro Lara, en la obra *Morada histórica*.



LOS MELODRAMAS DE PRICE. — Una de las escenas más «regocijadas» del género: *Las dos golfas*, que se tiran á matar por un quitame allá esas pajas.

Lealtad de una mujer, y que el público la aplaude rabiamente, y que el coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada se sale de calle, es decir, de la Ensenada, y toma puerto seguro, desplegando velas al viento. Y el resto de la compañía, de primera, comunicando vida á lo que durante mucho tiempo ha sido ermita solitaria de Talía. Y que hará temporada, no le quepa á usted duda...

—Me alegre; bien lo merecen Carmen y Federico.. Sigue, bombero.

* * *

--Lara, ¡morrocotudo!
—Grática es la expresión...
—Como nunca. Una Nieves, que derrite de gusto; una Domus, que derrocha expresión, sencillez, ternura; y una... todas, y la Valverde á la cabeza, sazonan de exquisita sal, sal sin amargores, la dorada tacita de la Co-redera.

* * *

—¿Y Price?
—¡Ah! Dos chicas que se dan de navajazos por un

quitame allá las pajas, siempre resulta interesante. *Las dos golfas*, de Decourcelles, si las registramos detenidamente, hallaremos algo deleznable que permita meter el escapelo; mas no reparando en pelillos, la obra sirve, y la prueba la da el pueblo soberano que acude á llenar las localidades, disputándose las á trompada limpia. La señora Santoncha, Robles, la señorita... Conjunto aceptable capaz de cargarse la propia «cuesta de Enero».

* * *

—¿Y qué cuentas del Español?
—¡Oh! *La loca* de la Pino, la Pino de la casa...
—¡Ay, bombero, agarraste de nuevo la *apoplegia*!
—Es que la lengua se me trabuca. *La loca de la casa* desempeñada por la Pino, es una maravilla. Thuillier, despampanante...
—Traes buen vino hoy...
—No, es que hago justicia.
—Me place. Dios te conserve la vena, bombero, y hasta la semana próxima.
—Adiós, Don

YAGO.

RÉGALO

El día 10 del próximo Noviembre daremos á conocer el número de la Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus abonados.

Cuantos se suscriban, tendrán derecho á la correspondiente participación.

Y así diciendo, el discípulo abrió un gran libro de pergamino por una página marcada, y colocándolo sobre una piedra plana que le servía de mesa, puso además cerca del libro una calavera y dos huesos cruzados, ante los que hizo una reverencia. Inmediatamente, salieron de la cueva el extranjero y el discípulo, colocando éste antes en su bolsillo un sedal y un anzuelo y cogiendo una larga caña que escondía entre los arbustos próximos.

—¿Para qué eso?—preguntó el extranjero—. ¡Ahora no vamos á pescar!

—¿Y por qué no? Es posible que así obtengamos algo que sea de verdadera curiosidad.

*
*
*

Antes de que transcurrieran muchas horas, llegaron á un arroyuelo, y en él se puso á pescar el discípulo, para probar fortuna.

El extranjero, que estaba algo cansado y hambriento, sentóse sobre el suelo y se puso á comer algo de lo que en su bolsillo llevaba.

El discípulo se alejó para buscar cebo, y tardó tanto en encontrarlo, que su compañero había ya terminado la frugal comida cuando regresó aquél, por cierto muy excitado.

—¡Venid, venid!—exclamaba—. He hallado una cosa verdaderamente interesante. ¡Dáos prisa!

El extranjero echó á correr detrás del discípulo, cuyas largas piernas le llevaron rápidamente cerca del sitio deseado. Ante un gran agujero, en el fondo de una roca, se detuvo y dijo:

—Venid aquí y os enseñaré algo que ha de asombraros.

—Idos en seguida,—dijo la reina.— Pero procurad volver pronto con los objetos que me ofrecéis. ¿Cuándo regresaréis?

—Necesito algunos días para cumplir mejor mis propósitos,—repuso el extranjero.— Concededme una semana para ello, y al cabo de ese tiempo me tendréis aquí á vuestra disposición.

Dió su asentimiento la reina, y partió inmediatamente de los salones del Museo el extranjero dirigiéndose á la casa en que se hospedara al llegar á la población.

*
*
*

Una vez en sus habitaciones, el extranjero llenó de provisiones un saco de cuero y abandonó precipitadamente la ciudad. Pronto se vió en campo abierto, y empezó á hacer cavilaciones acerca de la mejor manera de cumplir su promesa á la reina.

—En verdad —se dijo—, que me he metido en una empresa de difícil solución. No sé dónde voy á encontrar cualquier cosa que interese á ese pueblo, cuyos gustos y aficiones desconozco... A veces, el tener corazón y compadecerse del prójimo es perjudicial para los que como yo tienen especial empeño en cumplir la palabra dada... Pues aunque me moleste y trabaje mucho, he de cumplir, aunque sólo sea para librar de las cárceles á tanto desgraciado como en ellas padece.

Y andando, andando, á eso del medio día llegó nuestro extranjero á una gran montaña cubierta de bosque. Creyendo que sería probable encontrar allí lo que buscaba, y prefiriendo la sombra al sol, se internó en la espesura, siguiendo durante algún tiempo una larga vereda que gradualmente llegaba hasta la cima de la montaña.

Cruzó un arroyo cuyos bordes estaban cubiertos de berros, y pronto percibió una gran cueva, á cuya entrada se sentaba un viejo anacoreta.

—¡Ahl—se dijo—. En realidad tengo buena suerte. Este venerable anciano, que se pasa la vida entre los secretos de la Naturaleza, seguramente me dirá lo que deseo saber.

Y saludando al ermitaño, se sentó á su lado refiriéndole el objeto que hasta allí le guiaba.

—Temo—dijo el ermitaño—que andéis buscando lo que no habéis de encontrar. La mayor parte de las gentes son demasiado imbéciles para interesarse realmente por nada. Se reúnen lo mismo que se juntan las ovejas, inconscientemente, y no saben lo que es bueno para ellas.

Hizo una ligera pausa y luego continuó:

—En la vertiente de esta montaña hay muchas cuevas cómodas y confortables, las cuales estarían ocupadas todas si la gente supiera cuán interesante y conveniente es vivir apartado de sus iguales; por eso vivo yo aquí, sin perjuicio de hacer á mis semejantes todo el bien que pueda... Yo os ayudaré en vuestra misión, que desde luego creo es digna. Por mí mismo nada puedo hacer, pero tengo un discípulo que es muy dado á viajar y á buscar cosas curiosas, y ese discípulo os dirá dónde podréis encontrar algo que interese á los pobres hombres y mujeres por cuyo auxilio tanto os preocupáis. Id, pues, y buscadle si queréis, que yo le dispensaré de sus estudios durante algún tiempo, de manera que pueda ayudaros en vuestras pesquisas.

El ermitaño escribió á su discípulo en un trozo de pergamino, y dándolo al extranjero le indicó la cueva donde aquél se encerraba.

Estaba situada la cueva á corta distancia de la que habitaba el anciano y en lo más elevado de la montaña. Cuando nuestro hombre llegó á ella, encontró al discípulo dormido en el suelo.

Este individuo tenía las piernas largas, los brazos largos, el pelo largo, la nariz larga y el rostro largo. Lo despertó el extranjero y le dijo el objeto que allí le llevaba, haciéndole entrega al propio tiempo de la carta del ermitaño. El discípulo demostró en sus soñolientos ojos gran alegría y su rostro aún se alargó más.

—¡Delicioso!—dijo—. Es cosa insólita esta de concederme asueto en lunes, pues generalmente tengo que contentarme con medio día de fiesta los miércoles y los sábados.

—¿Es muy severo el ermitaño con vos?—le preguntó el extranjero.

—Sí. Tengo que permanecer siempre cerca de la cueva, aunque suelo escaparme á pescar algunos días.

—¿Y viene á veros con frecuencia?

—Nada de eso. Puedo aseguraros que sólo una vez he visto al anciano, cuando puse los pies en la montaña, pues no entra en las costumbres de los ermitaños ser muy sociables. Mi maestro llega hasta aquí las tardes que yo me ausento, y me deja escrito lo que debo hacer en la inmediata media semana.

—¿Y le obedecéis siempre?

—Muy pocas son las veces que no le hago caso, porque tiene mal genio y se incomoda furiosamente cuando le desobedece. Esta ocasión es una de las que me proporcionan mayor alegría de ser fiel á mi maestro. Partiremos inmediatamente á verificar nuestras pesquisas, pero antes he de poner la cueva en orden, pues el anciano vendrá seguramente mientras yo no esté.

BUZÓN

N. S.—Tudela.

«Hace cuatro ó cinco meses que observé estar muy malo de dolores de cabeza é *intiritis* al estómago, por causa producida de accidentes del trabajo... Mi apetito era ya poco porque no comía nada... Y á tanto llegué un día exhalándome el corazón de poner fin á mi vida ó arrojarme del balcón.»

¡Caracoles! Y todo por una *intiritis* al estómago. No se desespere, hermano, y póngase cataplasmas de linaza, que abren las ganas de comer.

Alfredo.—Burgos.

«Al maldito de don Cosme le tengo una rabia atroz porque nunca me da postre.»

Don Cosme le ha conocido á usted y sabe que tiene bastante con el queso de bola que Dios le ha puesto sobre los hombros.

F. A. M.—Tarifa.—La descripción que hace es bella. La manera de construir, deficiente. Con un poco de celo, creo que dará en el clavo. Siga.

F. Q. C.—San Fernando.—¡Pero hombre! ¡Echa usted las sílabas á puñados! En fin, como la cuestión es pasar el rato, vea usted si puede arreglar «La pena de Mariquilla».

El abogado de marras.—Nada. A usted no le han aprobado en retórica y poética. Si me equivoco, lo siento por el Tribunal examinador.

T. B. O.—Granada.—Te veo. Dudo que eso sea de usted. Y en la duda abstente; ya lo dijo, no sé si fué Fernando VII ó Churruga.

Miguelín.—Guernica.—Versifica usted con bastante corrección y hay ingenio. Siento que el trabajo sea un bombo á nuestro semanario, porque me impide la inserción. No resisto, sin embargo, á la tentación de dar lo siguiente:

«En FLORES España late,
y si alguno las combate
con bárbaro regocijo
que se vaya al... (Vega Armijo
concluirá el disparate).»

J. I. L.—El estilo chulesco está muy gastado y ya ni López Silva sirve. Ecco.

J. M. y S.—Que le cuente á usted el anterior lo que le he dicho.

S. C. F.—Como también me es usted á mi simpático á pesar de los lunares, allá va:

LINDEZAS DEL CAMPO

«El canto de ruiseñores,
el aroma de las flores
y otras mil cosas mejores
al campo dan los colores.»

No sigo; me entran dolores y mareos y sudores.

Señorita Elia.—Sevilla.—Los dos jóvenes franceses á que se refiere nuestro anuncio de segunda plana, permanecerán en Madrid hasta fin de Diciembre. Entregado su retrato, que es bellissimo por cierto. El pudor de usted no corre peligro: somos caballeros ante todo. Si el caso llega, ellos pedirán, cual corresponde, la mano de usted á su tutor.

E. I.—Madrid.—Va.

M. C. P.—Almería.—Sus Hojarascas toman turno, señorita, ó señora.

Florido.—Cádiz.—¡Guasón!

Beane.—El Cuentecillo tiene símiles bonitos. Fáltale forma. Además debe buscar asuntos originales.

A. C.—Madrid.—¡Ay, querido! Es preciso que trabaje. Ya se conoce que el corazón de usted está muy herido. Póngale, póngale árnica.

F. V. R.—La Coruña.—Arréglole un poco, aclare la letra y entrará.

E. y J. Ch. R.—Madrid.—Los versos no carecen de gracia. Si ustedes los cuidan, respondo de que irán.

ROLANDO

IMPORTANTE.—Este semanario concederá la corresponsalia, en las poblaciones donde no tenga relaciones, á quienes lo soliciten y den buenas referencias. Dirigirse al señor Administrador del mismo.

CANTARES

Si te gustan los cantares,
pide por esa boquita
que los tendrás a millareñ.

Es mi pecho un cementerio;
una tumba el corazón,
en él están sepultados
los restos de una pasión.

Por los campos del olvido
un amor vaga cantando:
«á este lugar me trajeron
de una mujer los engaños.

Inmensa hoguera al principio,
algo de redoldo luego,
y al extinguirse el amor
ni cenizas ni recuerdos.

Los cantares y las penas
van en igual proporción,
que vibra más la guitarra
cuanto más hiere el dolor.

Córdoba 1907.

NELO

Droguería, Perfumería y Fábrica de Barnices

DE Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia civil y Carabineros. Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90 (FRENTE A LA FUENTECILLA)

MADRID

SOLUCION BENEDICTO
de glicerofostato
de cal con
CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, Inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑALES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.
Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves. - Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.